

## LA JUGUETOMANIA

De un tiempo a esta parte se viene insistiendo, desde todos los medios de difusión, en la gran importancia que tiene la creatividad en la personalidad del individuo. Es el retorno de la ola de la moda, que, después de un largo recorrido con ese valor a la baja, lo contraponen ahora el orgullo del poder adquisitivo demostrado con la compra de lo «ya fabricado». Durante mucho tiempo, lo que se pagaba era, sin discusión, mejor y muy superior a lo que uno podía hacer. El precio era el baremo irrefutable al que remitíamos los valores de todas las cosas.

Algunas veces los sociólogos y los educadores se rasgaron las vestiduras asegurando toda clase de desgracias a la sociedad futura, como consecuencia del consumismo alienado; pero a pesar de todo, los fabricantes y los políticos se frotaban las manos, porque todo el mundo delegaba en unos cuantos cerebros especializados y así se podía vender cualquier tipo de producto, con tal de que la publicidad adulase suficientemente al consumidor. Todos hemos corrido detrás de lo fácil, *instantáneo, sin esfuerzo*, etc. Ahora, por lo visto, hay que retornar... Tenemos que inclinarnos por lo que es *diferente, original, lo que da personalidad*. La creatividad está en crisis, hay que revitalizarla.

No voy a meterme en prolijas disertaciones sobre el juguete en la sociedad de consumo. Pero no puedo evitar el recordarlo cuando, ante una generación de niños teledirigidos, que empiezan ya a ocupar su lugar en el mundo de los adultos, el problema de la creatividad (de su ausencia) empieza a levantar ampollas. Ahora son ya bastantes los padres y madres que unen su clamor a los que profetizaron los peligros de la juguetomanía. Nuestros niños no tienen ilusión por nada; nuestros niños no saben jugar; nuestros niños se aburren soberanamente. Sin embargo nuestros niños viven rodeados de toda clase de artilugios y elementos pensados específicamente para divertirlos. ¿Qué es lo que pasa entonces?

## LA FANTASIA AL PODER

El primer juguete con el que un niño cuenta, ya desde la cuna, es su propio cuerpo: sus manos y sus pies, sus ojos y sus gritos son su mejor entretenimiento. Pero nosotros, los mayores, que luego nos vamos a quejar de su escasa imaginación, los atiborramos corriendo de objetos, con la sana intención de que se distraigan con ellos y, de paso, que no nos den la lata. Me parece que ahí nace el problema. Para que se diviertan les facilitamos cosas, muchas cosas muy especiales. Son muy buenas; están científicamente pensadas para

## A la búsqueda de los juegos perdidos



El juguete, para un niño pequeño, es esencialmente un instrumento a través del cual establece, poco a poco, una relación con la realidad que le rodea. Muchos padres creen, por el contrario, que el juguete es un simple pasatiempo, una manera de tener ocupados de alguna forma a los niños y a los muchachos inquietos; un consumo imprescindible en las fiestas tradicionales con el que renace, cada día, la vieja teoría de los premios y los castigos.

que les eduquen y al mismo tiempo les diviertan... Así el niño podrá ir aprendiendo sin darse cuenta. Hemos convertido al juguete en piezas didácticas o lo que se quiera... Los adultos hemos manipulado sus intereses y hemos entrometido nuestros objetivos por el medio... Hemos acostumbrado a los niños a una actitud pasiva sentándolos delante de una pantalla que les proporciona sin esfuerzo las imágenes que ellos podrían crear. Les regalamos unos artefactos tan perfectos técnicamente, que lo más que pueden hacer es admirarlos... o romperlos. Y, después, no sabemos comprender que, a lo mejor, esa maravilla tecnológica, cuando está destripada es cuando de verdad empieza a realizar su función de juguete, porque está a merced de la fantasía de su dueño, y no al contrario.

Para el niño el juguete es simplemente eso: un juguete, algo que sirve para jugar, para pasarlo bien en un mundo inventado, lleno de fantasía. Y, precisamente, cuanto más inventado y más lleno de fantasía, mejor.

«Eso les va a alejar del mundo real!» me dirán inmediatamente.

Claro, y ¿qué otra cosa hacemos también los adultos cuando nos divertimos, sino evadirnos del mundo que nos rodea?

## CUALQUIER JUEGO PASADO FUE MEJOR

El niño enfermo, de la época anterior a la televisión, se veía en la necesidad de hacer algo para pasar sus largas horas de soledad. Y sus pies y sus rodillas, debajo de las mantas, se podía convertir en unas montañas, que debía atravesar, arriesgando su vida, una bolita de papel de plata, que era un osado explorador.

Y la luz de la lamparilla de noche proyectaba con la sombra de sus manos en la pared la mejor filmación del vuelo de unos pájaros fabulosos.

Y los dos dedos índices, convertidos en sendos personajes por la magia de unas caras pintadas con bolígrafo, discutirían temas apasionantes durante horas enteras. Es cierto que también venía la abuela un rato y que constituía un buen elemento promotor de la fantasía, con sus cuentos y monigotes de papel recortado.

Al niño le hace falta sentir la necesidad del juego y tener el tiempo y el ambiente necesario para desarrollarlo. Sólo con esos elementos, y a poco que nosotros le dejemos, él será capaz de inventarse un fabuloso entretenimiento.

La imitación del mundo de los adultos ha constituido siempre una fuente de inspiración para muchos juegos infantiles. Una diminuta mamá que baña energicamente a su muñeco, un general que dirige el ataque con su espada de papel de periódico, un pastelero afano-

so que vende exquisitos dulces de barro, o el pequeño guardia urbano que dirige el tráfico en el pasillo de casa, están llevando al terreno suyo las actividades de los mayores. Estos juegos de imitación tienen un alto contenido positivo cuando los elementos son improvisados. Si para jugar al descenso del río Mississippi necesitamos una réplica de la «Bella Luisita», y una corriente verdadera de agua, y un paisaje especial, acabaremos necesitando también un coro de negros para dar ambiente. Y, de esta forma, nuestras necesidades irán creciendo al compás del desasosiego de «no poder jugar, porque nos faltan cosas».

Un baúl de mimbre, cuya misión es la de guardar las cortinas durante el verano, es un perfecto trasatlántico, en el que se marea el pasaje con el mayor realismo durante una tempestad, un bebé cae por la borda ante el desgarrado dolor de la madre y el valiente de turno lo rescata bravamente de entre las aguas, como un nuevo Moisés de celuloide.

La cortina de un pasillo puede ser la representación mágica de una selva inexpugnable... Y una mesa de cocina se convertirá en una casa de vecinos, en la que los del piso de abajo tendrán como misión relevante protestar a los de arriba por el ruido que arman sus maleducados hijos; en exacta réplica de la realidad, no se escatimarán los azotes para los causantes del alboroto, ni las sentidas disculpas para los sufridos vecinos.

Una mamá en potencia puede exhibir, muy orgullosa, su bebé: un ovillo de lana, con dos ojos de botón, amorosamente arropado con la toalla nueva del cuarto de baño.



Y varios niños, sabiamente pastoreados por el mayoral, pasarán una nutritiva tarde deglutiendo tiras de papel de periódico, imbuidos de su papel vacuno, rumiando el pasto.

Un niño, si le dejan, puede ser un águila, un rey, un trapecista, un perro sambernardo, un guardia de la porra y millones de cosas más. La única condición indispensable es, precisamente, que le hayamos permitido ser niño.

#### PARA QUE EL NIÑO FABRIQUE SU PROPIOS JUGUETES

Nunca, como ahora, ha girado el interés de la sociedad en torno a la infancia. Un poco avergonzados, tal vez, por el tremendo error cometido. Una

falta de respeto tan grande, como es la de interpretar sus deseos, anticipándonos a ellos para dirigirlos desde nuestra sabiduría. Nos los hemos saltado alegremente y les ofrecemos, ya hecho, el camino que ellos tenían — ¡querían! — recorrer. Con los niños que ya hemos actuado así no hay remedio ¡Qué le vamos a hacer! Pero con los que comienzan ahora su andadura tal vez sí. Va a hacer falta mucha valentía para dejar a un lado nuestra comodidad y nuestras convicciones sociales. Las casas bien decoradas, los muebles carísimos e intocables, que se pagan con letras de sudor y sangre, los juguetes para lucir delante de los demás, como el máximo exponente de nuestro amor paternal...

Cuando un niño pueda convertir su cama litera en un carromato del Oeste, con la magia de la colcha cayendo por los lados y su fantasía supliendo lo demás; cuando pueda perseguir un coyote a lomos del brioso brazo de un sillón; cuando pueda escalar la cima de un armario, en medio de una tempestad de nieve, para recuperar a un amigo inexistente; cuando una niña se convierta en una princesa de cuento, fastuosamente vestida con su traje de papel de envolver, y pueda bailar con un príncipe que es un oso de peluche sin ojos; cuando todo esto ocurra, y la madre no se rasgue las vestiduras por haber arrugado la colcha o cosas por el estilo, entonces será cuando el niño pueda inventar sus propios juegos y juguetes. Entonces, nosotros ya no tendremos nada que decir. Si acaso, facilitarles las botellas vacías para que las conviertan en el mejor instrumento de la orquesta... Si acaso, pedirles que nos dejen verles jugar, sin interrumpir, como un ejercicio de retorno a la infancia, que tanta falta nos hace...

MILAGROS EZQUERRO

